

Al regresar a mi pueblo

por EUGENIO ROYO

No sé lo que tiene Rentería. A uno se le mete muy adentro. Después de recorrer países, conocer nuevas realidades, contemplar lugares incomparables, uno sigue ponderando a Rentería. Verdaderamente tiene una fuerza especial que atrae y arraiga a cuantos se acercan a él. Tal vez lo diga porque es el pueblo donde nació y uno se siente vinculado a él como tantos otros al suyo. Sin duda; pero con todo, Rentería tiene algo especial que no tienen todos los pueblos.

En mis visitas esporádicas, siempre encontré en Rentería la acogida sencilla y cordial. En mis ausencias, allí donde estaba, llegaban hasta mí los saludos de unos y otros.

Todo esto ha representado una ayuda inestimable, que aquellos que viven lejos de su tierra, sin lugar fijo de residencia, comprenderán mejor que ninguno.

Debo, pues, gratitud al pueblo de Rentería, sobre todo a ese pueblo sencillo y trabajador que siempre me ha honrado con su amistad.

Por esto, aprovecho la ocasión que me brindan estas páginas para testimoniarles mi gratitud y reconocimiento. A todos, ¡gracias!

* * *

Pero no es esto lo único que quería decir. Me han pedido el que escriba algo y quiero hacerlo. No como de cumplido, sino como una aportación de buena voluntad, quiero expresar algo de lo que me ha llamado la atención después de mis cinco años de ausencia.

Sin duda que Rentería ha cambiado: jóvenes ya mayores, en los que me cuesta reconocer a veces al chaval que iba a la escuela cuando yo marché; construcciones nuevas y modas en vigor, tanto en el vestir como en el convivir, actualmente vigentes en otras capitales de España y del extranjero.

Ciertamente que Rentería no es un pueblo isla. Sigue siendo el pueblo inquieto y vivo de siempre, con esa viveza que le da el estar formado por gente trabajadora, que busca y lucha por cosas fundamentales, en una línea de progreso y bienestar; esto, su contingente de inmigrantes y la circunstancia de proximidad a la frontera, le permite abrirse al exterior y seguir el ritmo de la vida moderna.

Qué duda cabe que todo esto no es todo, pero es ya algo y muy positivo. Forma un clima que hace posible el que surjan nuevas iniciativas que constituyen un avanzar en la historia de la localidad.

Junto a esto habría que señalar para ser objetivos, la pervivencia de otras costumbres que no son precisamente un signo de progreso... pero no es mi intención el hacer un «estudio» de Rentería, sino dar una impresión.

Y para señalar algo me referiré a este fenómeno económico-industrial, tan internacional como a la par renteriano, tan de ac-

tualidad y de tantas repercusiones para toda España y naturalmente para Rentería: me refiero a las consecuencias sociológicas que va trayendo —y es el comienzo— esta problemática de «la estabilización» y lucha por recuperar nuestra desventaja con vistas a una integración económico-industrial en Europa.

Es la pregunta obligada que a uno le hacen en el extranjero y el comentario que en diferentes tonos surge a menudo entre los jóvenes adultos en Rentería.

Y no puede ser de otra forma en una zona eminentemente industrial como la nuestra. Sufrimos el impacto y éste se manifiesta de mil formas: es la renovación de las fábricas en su maquinaria, edificios, sistemas de trabajo, despidos, emigración a Alemania y otros países, etc., etc.

Es toda una renovación la que se efectúa. Y una renovación profunda, que afectará no solamente a las máquinas, sino que tendrá su repercusión en la mentalidad, costumbres y forma de vida de todo el país. Es lógico. Vivimos en el mundo...

Esta toma de conciencia del problema por lo que tiene de vital y nos afecta como colectividad es lo que me interesa resaltar. No trato de abordar la medida en sí misma y su aspecto técnico, sino las consecuencias de este hecho consumado en su aspecto humano y sociológico para el pueblo de Rentería.

Hay un esfuerzo empresarial para ponerse al día con vistas a sobrevivir y a participar en un mercado de libre competencia europea y mundial.

Todo esto lleva implícitos otros problemas: replanteamiento de la industria, despidos, creación de nuevos puestos de trabajo, nivel de vida, competencia técnica, pero todavía algo más: una renovación cultural de la población, a tono con las exigencias y forma de vida que se nos impone.

Las empresas industriales buscan los técnicos y capital necesario para establecer un plan de conjunto y renovarse: lo trazan, lo imponen y lo realizan, aunque acarree consecuencias a veces dolorosas para los más débiles económicamente.

¿Qué puede hacer el pueblo para ponerse al día, al mismo ritmo que le marcan los económicamente fuertes?

Sin duda que es más fácil renovar una máquina que renovar un individuo. También lo es el que cada uno se ocupe «de lo suyo», entendiendo normalmente por suyo aquello que le afecta directamente en sus consecuencias económicas o familiares.

Es tan difícil dialogar en saliendo de nuestro limitado y apretado círculo de intereses... No obstante, tampoco es fácil delimitar dónde termina «lo mío» realmente y dónde comienza lo de los demás. Hay una realidad comunitaria que forma un entretrejo de derechos y obligaciones, en la que los hilos de uno se confunden con los de los demás, hasta formar algo común.

Por ejemplo, es muy serio que Rentería en 1961, con estas ansias de renovación y progreso, no tenga suficientes escuelas para su población infantil.

Me consta que esta preocupación la vive el Ayuntamiento; a cualquier renteriano que se le plantee, vibra. Todos tropiezan con la misma dificultad: la económica.

Seguramente que los industriales dirán que tienen ya sobrados gastos, que pagan sus impuestos, etc. que ellos no pueden enjugar todas las necesidades del pueblo.

En cualquier caso, el hecho es que entretanto hay padres que se ven con grandes dificultades para conseguir el ingreso de sus hijos en la escuela. Los niños crecen y este déficit es difícil de enjugar.

Tal vez pueda pensar alguno que es desorbitar las cosas. Muchos se llevarían una desagradable sorpresa si se hiciera una estadística precisa sobre este problema. Lo mismo si se tiene en cuenta el número de alumnos que tiene que atender cada maestro.

Pero no es sólo la escolaridad infantil el único problema de cultura en el pueblo. Esta exigencia afecta igualmente —y tanto— a los adultos. El chiquiteo no puede ser el medio normal en que gastar nuestros tiempos libres. También los libros y escuelas especiales llaman a los adultos. Pero no son estos los únicos medios de educación existentes para los adultos. Las sociedades populares tienen un papel muy importante que realizar. Y también éstas tendrían que estudiar su plan de renovación como consecuencia de la «estabilización». Tienen que vigorizar sus programas y tal vez renovar algunos de sus fines. Las exigencias de hoy son diferentes de las de otro tiempo, y hoy como ayer, las Sociedades han de servir al pueblo.

¿No cabría una puesta a punto en común de estas inquietudes entre estas Sociedades? ¿Si no es posible entre todas, siquiera entre algunas?

¿No cabría igualmente una colaboración Ayuntamiento-Industriales para acelerar la solución de la cuestión escolar en Rentería?

* * *

Esta es una de las impresiones que más me ha llamado la atención a mi regreso al pueblo. Es una inquietud que creo la comparten muchos. Sé que están interesados. Lo que hace falta es tal vez el que se les llame, se les convoque, se les reúna. Vivimos en 1961, con exigencias de desarrollo económico, de internacionalismo, de responder a nuestra época.

Nosotros vivimos en Rentería y es aquí donde debemos participar de esta inquietud, realizando lo que nos toca. Es una forma de ser de nuestra época y al mismo tiempo de cumplir un deber social y demostrar nuestro «erritarrismo».